

Pedro Oscar "Cacho" Reviglio

UNA FE MILITANTE Y SOLIDARIA

Cuando el 9 de Octubre pasado nos juntamos para despedir a Cacho consumido por la enfermedad, no pudimos menos que agolpar una buena parte de nuestra historia, de la historia de Villa El Libertador, por lo menos desde fines de la década del sesenta, con aquellas primeras asambleas vecinales, frente a la Parroquia, para exigir la normalización del Centro Vecinal e iniciar la larga lucha por el agua, que al fin llegó en julio del '72.

Fueron sin duda años intensos, de plena actividad, de muchas reuniones. La Villa tenía entonces 116 manzanas y cerca de 40.000 habitantes, y nuestra acción vecinal intentaba llegar a todos los rincones. Cacho estaba entre los impulsores de la descentralización para ampliar la participación del vecindario.

Ocupó la VicePresidencia del Centro Vecinal cuando triunfamos en las elecciones arrancadas mediante asambleas y movilizaciones a la Municipalidad, que en esos años no contaba con un gobierno elegido por el Pueblo.

Si una característica tengo para resaltar es la tenacidad. Fijarse un objetivo y pechar hasta alcanzarlo era para Cacho una sola cosa. Con ese empeño nos metimos en la lucha por el agua, volcándonos en OSN sobre planes que no entendíamos, golpeando la mesa de los funcionarios en Bs. As. cuando viajamos con la Comisión Pro-Agua de la Zona Sur, o subiéndonos al mostrador en las oficinas de OSN en Córdoba para hacer entender que más allá de los tecnicismos, los chicos nacidos se nos morían en la Villa por las aguas podridas que estaban obligados a beber.

La Fiesta del Agua en Julio del '72 en la Plaza de la Villa fue el triunfo sobre la burocracia de los papeles. Había corrido mucho tiempo gastado en los despachos oficiales, en asambleas informativas al vecindario, en movilizaciones para impedir la paralización de las obras o lograr el abaratamiento de los costos.

El **Cacho vecinalista** sigue vivo porque todavía queda gente con ganas de trabajar por los demás, de ocupar

se de las necesidades de todos, aunque en ese esfuerzo queden jirones de la misma vida... como la dejó Cacho relegando muchas cosas de su progreso personal o familiar.

Era el de Cacho un hogar humilde y trabajador. Abierto a toda hora para cualquier necesidad de los demás. Allí compartimos mates, fideos o pizzas, de la mano de Mecha, su esposa, siempre cargada de humor y paciencia, con sus hijos, Favio y Dante, que se nos fue primero... también de cáncer.

Esa apertura solidaria Cacho la arrastraba desde siempre. Porque lo conocí como militante sindical, elegido delegado por sus compañeros de Ika-Renault, hasta que lo despidieron, después de una gran lucha que llevaron adelante los del SMATA, en las cercanías del Cordobazo. Siguió su militancia en Dinfa, donde se hacían los Rastrojeros, hasta que también fue despedido junto a un grupo de delegados. Y después en la fábrica de caños de cemento...

Supo en carne propia lo que significaba ser desocupado; y supo también encontrarle la vuelta para seguir trayendo el pan a la casa, sin restarle tiempo a la actividad barrial. Fue con el primer Rastrojero modelo '60 que compró con la indemnización para hacer fletes. Allí también compartimos el volante, repartiendo vino o trayendo verduras del mercado, cuando yo también andaba sin trabajo.

Por esta época Cacho demostró otra vez que no podía con su genio. Y se las ingenió para inundar de carteles con la leyenda "Por una Navidad sin despedidos de IME", que colocó estratégicamente en el lugar donde se celebró mi casamiento con Marta, en Diciembre del '73, en la Parroquia de Villa El Libertador.

El **Cacho sindicalista** me enseñó que en la lucha sindical hay que saber conjugar las tratativas con las patronales con la fuerza organizada de los trabajadores. Y que la fidelidad a los intereses de los trabajadores tiene a veces costos bastante elevados, que exigen cuotas de sacrificio personal... Creo que si hoy todavía encuentro motivaciones para seguir en la lucha



gremial es por aquel testimonio de Cacho que recibí en mi juventud. Ojalá sepa mantener hasta el fin la misma fidelidad de Cacho.

Y el tercer Cacho que recordé aquel 9 de Octubre, cuando se nos fue, es el **Cacho catequista**, promotor de los grupos bíblicos en las diferentes zonas de la Villa, como los impulsaban el Vasco y Victor. Decía que había que hacer como los evangelistas, casa por casa... pero siempre unido a la realidad concreta que nos tocaba vivir. Aquella fue una siembra larga y paciente. De algún modo también explica la gran participación de los vecinos en toda la problemática barrial de aquellos años, que tuvieron momentos fuertes de lucha, con la secuela de falsas rotulaciones y difamaciones, que también fueron el caldo de cultivo para afrontar después tiempos de persecución. Porque a Cacho también le tocó de cerca y supo de amenazas, cárcel e interrogatorios.

Cuando después de varios años, ya en libertad, nos volvimos a encontrar supe de un Cacho volcado de lleno a la actividad pastoral. Aquella fuerza militante, presagiando quizás su destino final, estaba ahora volcada en contagiar a la nueva juventud, alimentada en la catequesis de nuestros años, la vivencia de los valores más profundos del Evangelio. Y su actividad final en Cáritas fue el signo de esa preocupación permanente por los más pobres, que en la Villa seguían —y siguen— siendo muchos.

Hacer memoria de un amigo no es nostalgia, aunque no podamos evitar lágrimas de afecto. Hacer memoria, y hoy más que todo, es señalar que las difíciles exigencias del compromiso cristiano son posibles de asumir, porque además de las propias fuerzas, estamos alimentados por el ejemplo de otros, que, como Cacho, ya recorrieron el camino. Y por eso mismo decimos que están presentes, resucitados...

Vitín Baronetto